

DEL GENEROSO LEGADO A LA IMPREVISTA CONDENA

Cómo se le iba a ocurrir a ese hombre de trabajo, esforzado, sacrificado, con la ilusión de crear una empresa que se perpetuara en el tiempo a través de sus hijos, nietos y porqué no, bisnietos, que la realidad le iba a jugar una mala pasada, e iba a terminar cerrando, vendiendo, transfiriendo la obra de su vida y con ella las puertas al buen pasar de sus herederos...



Hijos, nietos, que desde la cuna mamaron el legado generoso de aquel padre cuya mayor ilusión fue que todos crecieran dentro y para que el fruto de su trabajo se expandiera y encarnara en ellos, de pronto se encuentran congelados en una sensación del “¿y ahora qué hago?”...

Despojados del poder y la autoridad que les cediera la única realidad del ser “familia”, sin un pasado de experiencias combativas por lograr un lugar, ya que estaba estipulado desde sus primeros pasos, por primera vez se encuentran en un campo de batalla sin armas, con la sensación de haber sido transportados por senderos de seda a una imprevista condena.

Y surge el enojo, el reproche, la sensación de abandono, de que les sueltan las manos, todo esto teñido de un inevitable darse cuenta “del precio que deben pagar por no haber podido elegir”...

Esta sensación de volver a ser niños, pero ahora huérfanos de posibilidades, así como de herramientas, los lleva a pedir ayuda, por un lado desde lo más básico, que es aceptar su desnudez de poder y aprender a buscar y elegir, y por otro para ir volviendo a armar el rompecabezas de su identidad, desintegrada así como la empresa.

¿Cómo evitar esta imprevista condena?

Dejarlos ir, crecer en un mundo distinto a la “empresa de papá” para que, enriquecidos por el fango de las competencias y oportunidades, puedan elegir desde su lugar de aporte, formar parte del generoso proyecto familiar.

<http://www.teresasirven.com.ar>